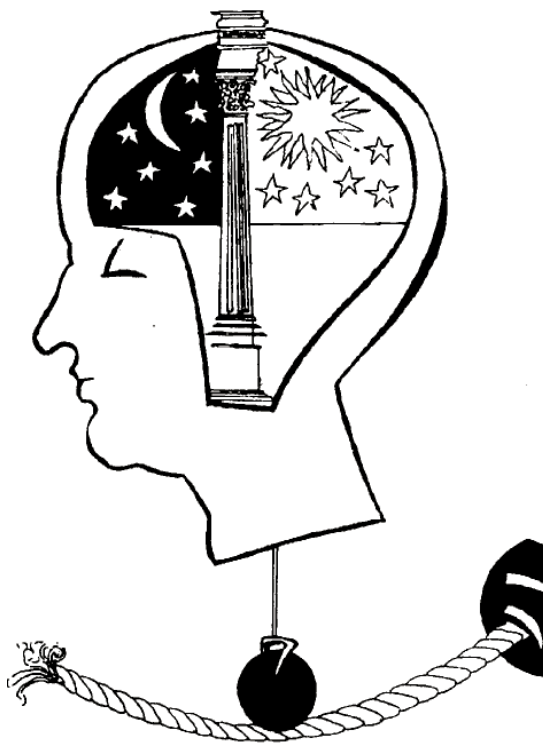


LA CRISIS DEL SABER ACADÉMICO Y LA INVESTIGACIÓN EN LA ATMÓSFERA POSTMODERNA*

La crisis de fundamentación que vive el saber académico y la investigación en la atmósfera postmoderna amenaza con desplazarlo del aula al acontecimiento. Sobretudo porque no pudo conciliar la calidad con la cantidad, y ha demostrado que los conocimientos que se imparten en el aula obedecen más a un criterio libresco que a la relevancia y aplicabilidad en la vida. Por si fuera poco, la industria de consumo arrastra la investigación hacia el presentismo postmoderno, “el aquí y el ahora”, la inmediatez parece ser la moda que nos advierta el regreso del palimpsesto. La academia inmersa en un proceso que busca evaluar la productividad de los docentes debe percatarse de los sofismas que la lógica publicitaria incorpora en forma silenciosa

El saber que desde la Edad Media estaba concentrado en la universidad parece ser una reliquia del pasado. El ciberespacio terminará afectando desde la manera en que aprendemos hasta la forma en que socializamos, trabajamos y compramos. La lógica publicitaria se ha encargado de instrumentalizar el saber, y amenaza con incorporar el criterio crematístico en la academia. En una sociedad donde el saber pareciera que ya no se discute en el aula sino en el acontecimiento, apuntalado por la cultura massmediática y la telemática, urge un proceso de reflexión y concientización fundante que nos lleve mas allá del efecto inmanentista que



caracteriza la atmósfera vital que vivimos.

En ese sentido, la verdad que era el máximo grado de expresión del conocimiento también está instrumentalizada por la industria cultural, llegándose a afirmar que "verdad es lo que vende". La verdad "científica" debe actuar con prudencia so pena de sucumbir a latencia

presentista del mundo de hoy.

Con el derrumbe de los metarrelatos y los grandes autores, la moda es ahora el regreso al palimpsesto. La Academia 410 puede ser cómplice de esa situación, debe tener cuidado con una

de las formas de corrupción interna de la Ciencia: el abultamiento del Curriculum Vitae. la "verdad" hoy se demuestra a través de la acumulación de títulos participación en congresos, seminarios, jornadas de investigación, y publicaciones, las cuales más que obedecer a una línea de investigación sostenida en el tiempo están al servicio de la performatividad del mandamiento publicitario: "verdad es lo que uno quiere que la gente crea", y para ello se busca demostrar por intuiciones espasmódicas incluso lo que no se tiene.

Mutatis mutandis, si convertimos las publicaciones en el centro de evaluación de la productividad del docente puede tener efectos colaterales negativos caracterizados por: precipitación (y por consiguiente riesgo de error), repetición, superficialidad, descuido literario e incluso deshonestidad. Si la presión por publicar es muy fuerte, el investigador puede dejarse llevar por el presentismo postmoderno en las investigaciones hacia un resultado incierto.

El manejo de una política de investigación validada por la industria de consumo cultural sería una verdadera catástrofe, pues por lo general ha sido rentable la investigación en forma inmediata y estaríamos a las puertas de convertir la investigación simplemente en algo crematístico y presentista.

Desde la antigüedad los artistas, científicos y humanistas dependían de mecenas locales. Durante el siglo XX el mecenazgo lo ejerció el Estado, pero hoy amenaza con delegar esa responsabilidad a otros postores. Los aportes del Estado venezolano a la investigación en la Educación Superior es insuficiente. si tenemos en cuenta que la UNESCO ha recomendado invertir el 7% del PIB, y en

América Latina y el Caribe sólo alcanza en el mejor de los casos el 4,~% del PIB. Venezuela sólo llega a 3% del PIB. La política del Estado venezolano sigue siendo la de restringir paulatinamente los recursos a la investigación. Con lo que podemos advertir desde ahora, que la crisis que vive la investigación no es solamente epistemológica sino cultural y política. Creemos que debemos buscar otras alternativas pero haciendo respetar la esencia del investigador, la cual no puede dejarse tentar simplemente por el camino seguro y breve de la investigación de minucias. Tampoco podrá sentirse tentado a abultar innecesariamente sus informes, y a exagerar su importancia e incluso simular.

La productividad del docente también debe ser evaluada por sus actividades de Docencia y Extensión de comprobado prestigio, y no sólo por las actividades de Investigación. Pues la "capacidad didáctica y la seriedad en el cumplimiento de los propios deberes valen tanto como las publicaciones." (Eco, U.

"Por qué Dios no fue catedrático" en El Nacional, 06 de abril, 1997, 2) Además la Docencia y la Extensión representan su razón de ser per se, de lo contrario, estaríamos marginando una vez más la labor Docente. Entiéndase aquí por labor docente, no al trasnochado criterio del docente "dador de clases" que repetía sus discursos todos los años, porque la dinámica social ha demostrado igualmente que las experiencias por sí solas no son significativas. La labor docente se ha convertido en una verdadera aventura, antes podíamos ir en una sola dirección con la convicción de que llegaríamos a alguna parte segura; hoy no, en todas las direcciones podemos ir, en todos los caminos nos esperan, en cualquier esquina podemos cruzar.

De allí que establecer criterios inflexibles y unificadores a las investigaciones, con el consabido efecto "cinturón de castidad", podría ser un gran error, si tenemos en cuenta que la sociedad que se nos avecina será más aleatoria que controlada.. Entendemos que oficialmente se diseñen las llamadas "agendas" de investigación, pero asimismo deben existir líneas de investigación abiertas, con margen de libertad, porque la historia ha demostrado que muchas de las contribuciones provienen más de la investigación abierta que de los enfoques focales y centralizados.

La evaluación de la productividad del docente actual no es sólo un problema de método y metodologías sino también un problema político. Sobretudo debido a la hegemonía ejercida tradicionalmente por el método científico y las llamadas "Ciencias Duras" sobre las Ciencias Sociales y Humanísticas en la persona de los últimos mandarines que piensan que hacer ciencia es vestirse de laboratorista. Pareciera ejercerse una disonancia cognoscitiva que busca negar el proceso de decostrucción que viven los paradigmas que guiaron la ciencia de Occidente por centurias. El método científico es un ídolo con pies de barro. En materia de métodos y metodologías no tenemos consensos universales, sencillamente existen alternativas metódicas que nos ayudan a transitar en la incertidumbre, o como diría Morin: "a caminar en la oscuridad".

Conviene señalar que el problema no es sólo nominal, o un sofisma producto de la reflexión del filósofo o del humanista, como a veces parece sugerirlo el "científico". Lo cierto es que la polarización entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales, tal como se planteaba a principios de siglo, es cosa del pasado. Pues el problema no es si las primeras son cultura o si las segundas son

auténticas ciencias, sino advertir el riesgo que corren estos saberes al desarrollarse en forma unilateral. Todo lo anterior ha llevado a replantear la necesidad de reconocimiento mutuo, en donde se incorporen categorías que sirvan para pensar la complementariedad de los saberes otrora divorciados.

Filosóficamente el distanciamiento se inició con la desviación de la verdad hacia una concepción objetivista, ontológica, instrumental y empírica del mundo, impidiéndose comprender el llamado de Holderlin: "poéticamente habita el hombre la tierra". No somos solamente seres calculadores, también somos seres poéticos.

Hoy por hoy, la comunidad científica reconoce el pluralismo metodológico y la tolerancia de los paradigmas, pero conviene señalar el cuidado que debemos tener con los planteamientos de cierta "epistemología postmoderna", ya que algunos de sus postulados nos pueden hacer retroceder el camino andado. La situación no es degradar todo lo anterior o hacer ver como inútiles los esfuerzos alcanzados hasta ahora, ni proponer el relativismo y escepticismo a lo *lighth*, sería jugar a lo ingenuo; cuando de lo que se trata es reconocer que sin una opción ínter-transdisciplinaria de los saberes, estamos perdidos.

Repensar la ciencia debe pasar por el proceso de repensar la ciencia y la tecnología. No entraremos aquí a discutir en profundidad tal situación, pero si nos interesa establecer que heredamos de la Modernidad el proceso de instrumentalización de la ciencia. Todavía existen quienes mantienen viva la idea de que tecnología significa ((ciencia objetivada», definición instrumental que reduce el aspecto más complejo, teórico y originario de la ciencia a un aspecto más

pragmático, la tecnología. Conviene que la ciencia recobre su *status quo*, para que junto a la filosofía pueda reiniciar la tarea de vigilancia epistemológica, y participar en el diálogo entre lo científico y lo tecnológico, lo moral práctico y lo político, porque la supuesta neutralidad valorativa de la técnica, amparada en la máxima de que "todo lo que es técnicamente posible es éticamente necesario", ha traído como consecuencia la eco-depredación. La labor del científico también debe incorporar la arqueología del imaginario social, pues allí se encuentra la genealogía de la cotidianidad; todo científico es, al mismo tiempo, un meta físico y un filósofo, quiera o no admitirlo; si no filósofo explícitamente, lo hará implícitamente. Pero no puede eludir la sustentación de los supuestos epistemológicos sobre los cuales se funda su saber, la crisis que vive el discurso científico radica en gran parte en el olvido de ésta característica, ya que en su trabajo acepta o rechaza presupuesto; filosóficos en forma más o menos acrítica.

***Prof. Pascual Mora**

Profesor NUTA-ULA, Magister en Educación, Candidato a Doctor en Historia

Miembro del Grupo de Investigación Historia de las Prácticas Educativas y Pedagógicas